

GALVEZ, GALVEZ & GALVEZ

Por Enrique ALATORRE CHAVEZ



Dibujo de Elvira GASCON.

EN EL DESPACHO 3 A, a mano derecha del ascensor, se observa una línea de luz bajo la puerta; clavado con chinchas, puede leerse en la penumbra un letrero que dice: *Revista Técnica, al servicio de México*. Dentro, en una espaciosa oficina donde abundan escritorios y máquinas de escribir, Gabriel Rautenstrauch consume cigarros y horas, sumido en profundas cavilaciones. El director salió fuera de la ciudad y ahora él maneja toda la complejidad del semanario: desde las minucias engorrosas de las dificultades entre la espigada secretaria y Felipe, el *office boy*, hasta la entrevista grave y delicada con un secretario de Estado. Envuelto en humo de cigarro y rodeado de papeles en desorden, Gabriel trabaja y medita y se hunde en un pavoroso abismo de problemas; la situación es delicada y su conciencia le dice que debe obrar con energía y denunciar un tratado que deja muy mal parado a un conocido político. Pero hay que medir bien los pasos y dar el golpe de la manera más eficaz; lo que importa es acabar con un negocio poco limpio que está haciendo daño al pueblo.

En otro despacho del mismo piso, donde aparece con gran descaro un enorme título: *Gálvez, Gálvez & Gálvez*, y abajo en menudas letras doradas New York-Frankfurt-Buenos Aires, celebran los publicistas una regocijada reunión, enardecida y sostenida por liberales tragos de licor. Imposible decir de qué asuntos serios se trataba, y mucho menos hablar de temas que están más de acuerdo con el alcohol, la juventud y la libertad de expresar sin tapujos la propia opinión. Sobre mesas de formas estafalarias, que anunciaban el gusto rebuscado e intrascendente de los señores Gálvez, Gálvez & Gálvez, había media docena de finísimas botellas de whiskey. Aquí y allá, junto a fotografías caprichosamente recordadas en curvas atrevidas, grupos de jóvenes elegantes y de modales amanerados discutían acalorados sobre la próxima inauguración del galgódromo, o sobre la nueva lancha motor que se compró el más joven de los Gálvez.

El jolgorio de aquellas oficinas se derramó escaleras abajo y vino a inundar el mal defendido corazón de Agustín, el ascensorista (tiemblo al escribir *Agustín*), quien, atraído por las voces, se deslizó en silencio y llegó a la puerta, donde se detuvo ante el respeto que le infundía el misterioso signo &, que parecía indicar, con su retorcida y aristocrática figura, una cosa proveniente del extranjero y de gran calidad. Indeciso ante el pedante letrero, Agustín sacudía la cabeza y sonreía solitario, como burlándose de su timidez; por fin, uno de los alegres publicistas lo invitó a pasar.

A medida que el alcohol llegaba al cerebro, las ideas de Agustín giraban alrededor de un asunto grave e intrascendente, asunto que nos hizo cavilar a todos y que dió ocasión al compañero Rodrigo Díaz, muy aficionado a los términos psiquiátricos y científicos, de espetar tres o cuatro palabrotas tales como "paranoia", "neurosis obsesiva" y barbaridades por el estilo. El greñudo y desaseado ascensorista en efecto, presentó muestras de sufrir ataques de una de esas enfermedades que sólo pueden describirse usando términos incomprensibles y endiablados. Miren si hay razón para hablar así:

Hace tres semanas apareció un papel sobre el escritorio de Rauten. Los garabatos dibujados por una mano torpe decían: "señor Grabiél señor Rodrigo Dias mi propiedad de mi tierra es el estado de michoacan para si en algo les sirbo Faustino Vargas Medina".

Anduvimos preguntándonos quién sería el misterioso remitente, porque no conocíamos a ningún Faustino Vargas Medina. ¿Sería tal vez la invitación de un campesino agradecido por el recién publicado artículo sobre el ejido de Tlaltizapán? Pero entonces, ¿por qué no decir claro "los embito a que pacen a mi rrancho a echarse una varbacoa"? No dimos importancia al incidente, y concluimos que a lo mejor Felipe nos había querido hacer una broma.

Pocos días después apareció un papel sobre el escritorio de Rauten. Los garabatos dibujados por la mano torpe decían: "señor Grabil señor Rodrigo Dias tocante a las diferiensiass que llo se que aigan tenido pues llo di mi nombre propio para que me ablen claro Faustino Vargas Medina".

La cosa se ponía seria. Rauten preguntó a la espigada secretaria:

—¿Usted escribió esto?

—No —dijo la espigada secretaria, con una sonrisita maliciosa.

—¿Tú escribiste en este papel, Felipe? (Felipe es capaz de cualquier cosa).

—No, señor Rautenstrauch —respondió Felipe muy serio, haciendo un gran esfuerzo para salir airoso en la pronunciación del apellido.

—¿Tú, Alberto, pusiste sobre mi escritorio este papel?

—No, señor —dijo Alberto, que en realidad era incapaz de hacer cosas de mal gusto, a pesar de sus escasos veinte años.

Rauten quedó pensativo, acariciando la extraña misiva. Después se acercó a nosotros y nos dijo, en tono confidencial:

—Otro recado de éstos, muchachos; ¿de quién serán?

Alfonso, el reportero incommovible e inexpressivo, leyó con una leve sonrisa; Rodrigo y yo explotamos en una carcajada. ¡Qué graciosos recaditos! Empezamos a recorrer posibles guasones. ¡Felipe!, fue la primera ocurrencia; pero el travieso *office boy* nos miraba compungido, como diciendo: "yo soy inocente, palabra". La secretaria, de ninguna manera; Alberto, menos; los fotografos... no, ésos no se meten en tonterías tan absurdas. ¿Alguno de nosotros? Nos miramos con malicia infructuosa. ¿Quién, entonces? ¿Agustín?... ¿Agustín?... ¡Claro! ¡Agustín, que desde hace muchas semanas anda muy raro! Comenzamos a recordar y atar cabos.

—Una tarde, mientras escribía la sección política, oí rechinar la puerta. Levanté los ojos y vi a Agustín que había metido su cabeza de plumero al despacho y me miraba con fijeza terrible. ¡Cómo sería la cosa que me dio miedo! —y echó a reír Rodrigo, con risas claras y sonoras.

—Ahora que me acuerdo —dije yo—: ayer, cuando entré al ascensor, y saludé a Agustín, noté que se ponía lívido al oír su nombre; luego, como si se vengara de alguna involuntaria ofensa que inadvertidamente le infiriera, paró en el tercer piso y me dijo que el "levador" ya no subía más. Tuve que subir a pie hasta aquí.

No había duda; el nombre del ascensorista era Faustino, y nosotros, por confusión, lo llamábamos Agustín. Correcto. Cuestión de llamar Faustino y no Agustín al manipulador del sube-y-baja.

Otro día apareció un papel sobre el escritorio de Rauten. Los garabatos dibujados por la mano torpe decían: "señores de la ofesina de la revista "tenica" refiriendome a que me piden la dirección de mi casa o de donde radico para saber si sirbo de buena boluntad asi como mi nombre propio pues no dandome cuenta si he cometido faltas en mi contra repito se me perdone pero fabor y llameseme tambien con claridad para contestar llo tambien porque llo el nombre que di a esa ofesina fue el propio en cambio no lo tomaron en cuenta dentro de la consiensiass del ombre de buena boluntad Faustino Vargas Medina".

Pero ¿qué diablos le ocurría a Faustino? Todos lo llamábamos claramente con su nombre propio y a pesar de eso nos reclamaba.

Al otro día apareció un papel sobre el escritorio de Rauten. Los garabatos dibujados por la mano torpe decían: "señor Raten-trau v señor Rodrigo al berles dado mi efetibo nombre fue con el fin de que reglen el porsentaje de mi trabajo si es que para ello tengo derecho como si no para pazarlo mas delante. Faustino Vargas Medina si es que les gusta este nombre y si no el mismo digan-me claro si o no tengo 3 años 4 meses en este edifisio".

¡Por fin se aclaraba el misterio! ¡La enfermedad de Faustino se curaba con dinero, nombre "efetibo" y buen trato!

Después de haber ingerido cuatro o cinco "jaiboles" por el éxito de Gálvez, Gálvez & Gálvez, nuestro Faustino sintió ganas

(Pasa a la pág. 28)

de aclarar las cosas. Se despidió de los alegres publicistas y se deslizo, con gran cautela, dentro de la redacción de la revista. Gabriel Rautenstrauch no advirtió (¿quién advertía nunca?) la entrada de Faustino al despacho; venía éste a "medios chiles", trayendo una humeante taza de café con leche, la más infame que pueda imaginarse.

—Como yo vide —empezó Faustino casi gritando con voz enronquecida— que 'bía luz aquí, dije: "No, a' i 'stá el señor Grabiél y posiblemente —hizo una pausa para colocar la taza sobre el escritorio— vaya 'necesitar un cafecito, ¡je, je!, pa' que no se duerma y pueda trabajar, ¡je, je!

Rauten, conmovido ante la generosidad de Faustino, agradeció cumplidamente el obsequio. Sin embargo, el brebaje era tan desagradable, que pensó echarlo por la ventana en cuanto saliera el visitante. El hombre salió, pero quiso la perra suerte que regresara "al ratito", cuando el intacto café había criado una repulsiva costra natosa. Faustino venía envalentonado, dispuesto a echar fuera sus cuitas y sus reproches; el ver que Rauten no había tocado la bebida, lo reprochó diciendo a pleno pulmón:

—No'stá enyerbado, puede probarlo sin miedo. Yo soy su amigo de usted, y no nomás de usted. También soy amigo de los otros señores periodistas porque ustedes son las gentes más decentes del edificio.

Por toda respuesta, Rauten echó un repugnante y enorme trago; Faustino sonrió con dificultad de borracho y dio unos pasos tambaleantes. Luego continuó, con la misma intensidad de voz, que resonaba en la redacción, amplia y fría:

—Ora pues los señores —señaló arbitrariamente a cualquier sitio— me ofertaron un trago, ¡je, je!, y yo dije, a' i que ofertarle al señor Rautentrau (abundantes aspersiones de saliva espesa) un cafecito pa' que pueda trabajar a gusto, ansina con el café no le da sueño.

Rauten, un poco alarmado por el retintín con que su visitante le hablaba del café, echó un sorbo y sonrió apuradamente. Faustino no parecía darse cuenta de las tribulaciones de Gabriel; dio unos pasos y se sentó, no sin trabajos, en un escritorio. Metió su mano morena entre la espesura polvorienta de su cabeza, y continuó su monólogo:

—Yo siempre sirvo con mi buena voluntad, y no ocupo que me anden dando centavos. 'Ora que a veces el señor director, el

licenciado, me daba mis dos, que mis tres, que mis cinco pesos, y me decía, me decía... "Toma, Faustino, pa' que compres ropa pa' ti y pa' tus hijas". Yo le decía: "Muchas gracias, señor licenciado". Y mire —dijo, amenazante—, yo por ejemplo esas niñas que ve usted a' i —volvió a señalar vagamente hacia atrás— no son mías; una es de un soldado que está muy malo y la otra es de uno que está muy pobre... (Rauten bebió confiado). ¡Ah, porque yo anduve en la Revolución! Pero eso sí, pa' qué le voy a decir: yo fui soldado raso nomás. A mí no me gusta echar mentiras como a otros desgraciados, que a l' hora de l' hora eran puros argollones pero eran muy buenos pa' pedir la cinta que de cabo, que de sargento segundo, que de primero, que de oficial y hasta de general. Yo pelié por Tamaulipas, con mi general González; éranos del Cuerpo de Ejército del Noreste. Pos yo la verdad no sé si una bala perdida mía haiga matado a un cristiano; pero eso sí: yo le aseguro que no tengo que cambiarme el nombre ni el apelativo, porque en la guerra no hay más que tirar a dar. Me hirieron cuatro veces aquí —y se llevó a la cabeza cuatro dedos, abiertos en abanico—, pero no me morí.

A Gabriel empezaba a cansarle el relato; Faustino hablaba sin parar, sin matizar su charla. Era necesario terminar un informe y aquella intromisión estorbaba. Con precaución al principio, y cada vez con mayor aplomo, se puso a escribir; ocasionalmente levantaba la cabeza y sonreía a su visitante. Faustino, a quien el recuerdo de los hechos de guerra había inyectado nuevo y extraordinario entusiasmo, saltó de su asiento y corrió a esconderse detrás de un escritorio; parapetado desde su improvisado fortín, inició un espantoso tiroteo sobre un enemigo que se desplegaba por todo el frente. La "aición" era reñida; en un violento contraataque, el revolucionario tuvo que abandonar su escondite y meterse entre las complicadas patas de la mesa de dibujo; allí pudo emplazar una ametralladora y barrer al enemigo que se había "afornicado" detrás del pilar. Mientras, el general "especulaba con sus vedrios" desde una loma. Los "pelones" gritaban como locos, los "ofeciales" alenataban a la tropa, los heridos "nomás se quejaban: ¡ay, pelones hijos de la tiznada, ya me dieron!" y la caballada relinchaba espantada. Rauten sufría resignado la granizada de balas, estruendos, gritos, carreras y deslizamientos, interjecciones, etc., como padre amoroso y paciente que deja jugar en libertad a su inquieto escuincle.

(Viene de la pág. 8)

sus semejantes, dentro y fuera de su país, como en las épocas llamadas bárbaras, porque la voluntad se da a sí misma sus propias leyes. Las posibilidades racionales de la cultura son cada día más fecundas, mientras la capacidad de crear nuevos valores imponderables, o siquiera de conservar vivos los ya existentes, no crea un curso continuo y progresivo. El hombre pensante y el hombre sensible a los valores de tipo más alto (válidos en sí y absolutamente) no marchan nunca paralelos, y el contraste entre ambos es hoy mayor que nunca. Se estiman las cosas exactas y útiles hechas por el hombre, pero el hombre mismo es algo cada vez más anónimo y vulgar. No se inventan ya altos estilos de vida humana en que el hombre vale por lo que es, y que sirvan de continuación al ideal del santo, del caballero, del "honnête homme" o del gentleman. Ni tampoco hay nuevos y auténticos estilos artísticos, pues los más originales de nuestro tiempo lo son por reflejar, justamente, el caos y la falta de fe en sí mismo en que el hombre vive.

Así pues, mientras unas posibilidades de la cultura van hallando cultivadores eficaces, otras caen en suelos estériles. La verdad matemática se va reali-

VACIO Y PLENITUD DE LA VIDA CIVILIZADA

zando en la exactitud del invento industrial, mientras la "verdad" de la obra de arte o de la conducta ejemplar permanece estancada; el motor del automóvil realiza la física de varios siglos, cada vez más perfecta, pero puede en cambio acontecer que el inventor del aparato y quien lo utiliza posean unas vidas vulgarísimas, sin relación alguna con los valores exquisitos creados antes por otros hombres. La vida ofrece así impresiones cómico-trágicas, algo como si el físico montara su nuevo aparato de precisión sobre la carreta de bueyes de quienes, en cuanto hombres, no rebasaron aquel estadio. Incluso puede acontecer que la enseñanza de los valores de la cultura esté a cargo de quien, como persona, sienta muy a destono con lo que enseña. Tal es la estructura de la vida, ahora y antes, y carecería de sentido enojarse con ella no teniendo el hombre nada mejor con que compararla.

La cultura, presente como "espíritu objetivo", encierra larvadas posibilidades de barbarie, no vistas como tales por quienes han dejado adormecer la conciencia de sí mismos. Es lí-

cito preguntarse entonces si debe considerarse como mero "atraso" cultural una forma de vida cuyo tema sea, no el fomento de la cultura objetivada, sino el trabajo sobre la propia conciencia de estar existiendo como persona "absoluta", en continua y sobresaltada vigilancia de uno mismo. Este vivir en sí mismo, hace a la persona sentirse como extraña y perdida al instalarse en "lo otro" del mundo, en donde corre el riesgo de dejar de ser ella, sin llegar a situarse plenamente en "lo otro". Es lo que los españoles han sentido mientras se oponían a la "novedad" de fuera, y lo que inquietaba a Don Juan Manuel en su íntima declaración. La persona vive en cuidadosa da de su propia integridad, lo cual lleva al drama de quedarse sin mundo, ni más ni menos que las formas de vida llamadas progresivas, llevan al drama de quedarse sin conciencia de persona. Unos y otros caminos conducen a cimas de gran valor y a abismos de miseria; ambos, sin embargo, son perfectamente humanos, y quién sabe si no valdría más para el historiador entender correctamente el funciona-

miento de esas opuestas maneras de vida, en lugar de insistir tanto en lo que en ellas hay de tragedia, de atraso o de primitivismo.

1.—Estos y muchos más textos se hallan en A. G. de Amezcua, *Lope de Vega en sus cartas*, II, 217 y ss.

2.—Marcel Bataillon ha escrito sobre esto unas páginas precisas y luminosas; triunfó a la postre, en América "el espíritu de la conquista pacífica" (*La Vera Paz. Roman et Histoire*, en "Bulletin Hispanique", 1951, LIII, 235-300).

3.—"Education becomes something to which everybody has a 'right', even irrespective of his capacity; and when everyone gets it—by that time, of course, in a diluted and adulterated form— then we naturally discover that 'education for leisure'— without means of getting on, and people turn to another fallacy: that of education is no longer an infallible having revised their notions of 'leisure'... The majority of people are incapable of enjoying leisure—that is, unemployment plus an income and status of respectability—in any but pretty simple forms— such as balls propelled by hand, by foot, and by engines or tools of various types; in playing cards... The uneducated man with an empty mind, if he be free from financial anxiety or narrow limitation... is, for all I can see, as well equipped to fill his leisure contentedly as is the educated man" (T. S. Eliot, *Modern Education*, en *Selected Essays*, Harcourt, Brace and Co., Inc., New York, 1950, pág. 453).